

Sobre LA LEYENDA DEL ERRANTE

Nada sé yo de mares y océanos. Nunca navegué salvo por el Tigre. Ignoro dónde quedan babor y estribor. Yo, que nunca envidié la obra de otro escritor, sin embargo lo más cerca de la envidia que estuve fue con *El acorazado Tod*, de Dino Buzzati y *La batalla*, de Claude Farrere. Ambos con temas náuticos.

Cuando uno quiere escribir algo que transcurre en un mundo del cual lo ignora todo, no le quedan más que dos caminos. Uno, estudiar y asesorarse. El otro, referirse exclusivamente a la parte humana.

Cada tanto siento la tentación de escribir un cuento "inglés".

Gente rara los británicos: odiosos y admirables a un tiempo. Tienen un sentido del humor muy particular. En cierto sitio son más indescifrables que los chinos. Suele saberse poco del humor chino porque se los lee menos, sólo por eso. A los británicos (y particularmente a los ingleses) hay que leerlos bastante antes de pescarles la vuelta.

Aparte de éste sólo escribí dos en tal sentido: *El escalamiento de la Gran Madera* (no publicado) y *Jack el Olvidador*.

La leyenda del errante es un poco un chiste a mí mismo. Yo también, como Wagner Bligh, soy realista delirante. No asombre entonces que mezcle asuntos y temas que, en apariencia, nada tienen que ver.

Siempre me fascinó la idea de un capitán absoluto, dueño de un barco, con una tripulación lo bastante subordinada como para permitirle imprimir sus locuras inofensivas. Ir a Groenlandia porque se me antoja, o "ahorcar" a Toby con un hilo de coser.

El final de los delirios, por más creadores que sean, suele ser trágico: uno termina cambiando de buque y subiéndose al del Holandés Errante. Pero no creo que me pase: ya estoy vacunado.

Alberto Laiseca

LAISECA
Alberto

La leyenda del errante

Por Alberto Laiseca

Nuestro capitán no era mala persona. Algo excéntrico tal vez. Eso sí. Como la ocasión en la cual le hizo a su perro un funeral de mariscal de campo mientras doblábamos el Cabo de Hornos. Si al menos le hubiese hecho un funeral de almirante. Además le hizo cantar un réquiem, en *domingo*, frente a toda la tripulación reunida. Réquiem en *domingo*, como al presidente Kennedy. Ya sabe usted que se precisa una dispensa especial. Pero un buen hombre, no obstante. Wagner Bligh siempre nos condujo a buen puerto. Sí señor.

Tenía un japonés que le cebaba mate. En una especie de terracita extendía las yerbas de anteayer para secarlas al sol. Había un miserable que a veces, no siempre, se las orinaba por las noches. Durante años no pudo atrapar al culpable. Hasta que el capitán hizo cuentas. Los días de vaciamiento de vejiga eran los del ataque a Pearl Harbour, el de la gran victoria de los japoneses contra los rusos en Port Arthur en 1905, etcétera. Todas fechas patrias. Ahí fue donde se dio cuenta de que quien le orinaba la yerba era el mismo japonés. Tuvo lugar un gran combate de karate frente a toda la tripulación. Okimura tuvo el tino de perder. Luego Wagner Bligh lo perdonó. Dijo que el japonés había hecho eso de puro melancólico. "Como es un reaccionario imperialista ha decidido darle una segunda oportunidad. Siempre puede esperarse algo bueno de alguien que ataca por sorpresa". Con ese gesto conquistó a Okimura para siempre.

"Había un miserable que a veces, no siempre, se las orinaba por las noches. Durante años no pudo atrapar al culpable. Hasta que el capitán hizo cuentas. Los días de vaciamiento de vejiga eran los del ataque a Pearl Harbour, el de la gran victoria de los japoneses contra los rusos en Port Arthur en 1905, etcétera. Todas fechas patrias."

Un marinero borracho se le insubordinó. Wagner Bligh lo hizo ahorcar de inmediato, pero, con un hilo de coser. "Yo cumplo la inexorable ley del mar. Después, si la soga se corta, estoy autorizado a indultarlo". Luego de la ejecución le dijo al marinero: "Pórtate bien de ahora en adelante. La próxima vez te ahorcaré con una soga más gruesa, Toby". Puedo asegurarle que Toby tuvo un comportamiento ejemplar de ahí en adelante.

Cuando estaba enojado, insultaba en pirata antiguo: "Voto al chápiro verde. Cuerpo de mil galeones y walkirias con espadas". O si no: "Rantifusas coronadas. Voto a corcheas, semifusas y demontres". Una vez encontró una ballena atascada en una bahía. Mandó cavar un canal y echar cables y aparejos para sacarla. Conseguimos nuestro objetivo luego de trabajar horas. "Ruego que no sea tomado como un antecedente. Podrían confundirme con un ecologista. Nos servirá de mascota, ahora que se murió mi perro". Pero, por más que hizo y le arrojó sardinas, no pudo convencer a la ballena de que siguiese el barco.

Un día se levantó raro y ordenó cambiar el rumbo: "Sesenta y seis grados de latitud norte. Longitud: veinte grados oeste." Parecía el almirante Nelson. "¿Está totalmente seguro, capitán? –preguntó extrañado el contramaestre–. Mire que eso es Groenlandia, si no me equivocó". "No se equivoca, Mr. Tennyson. Vamos en busca de los restos de la vieja Thule. Dé orden de poner los escudos fuera de borda, como hacían los vikingos. Doble ración de ron para los tripulantes. Hay que festejar el día de San Patricio. Ponga en el fonógrafo *La Mañana* del mismo nombre". No me hubiera extrañado si él fuera irlandés. Pero Wagner Bligh era escocés. Un excéntrico, sí.

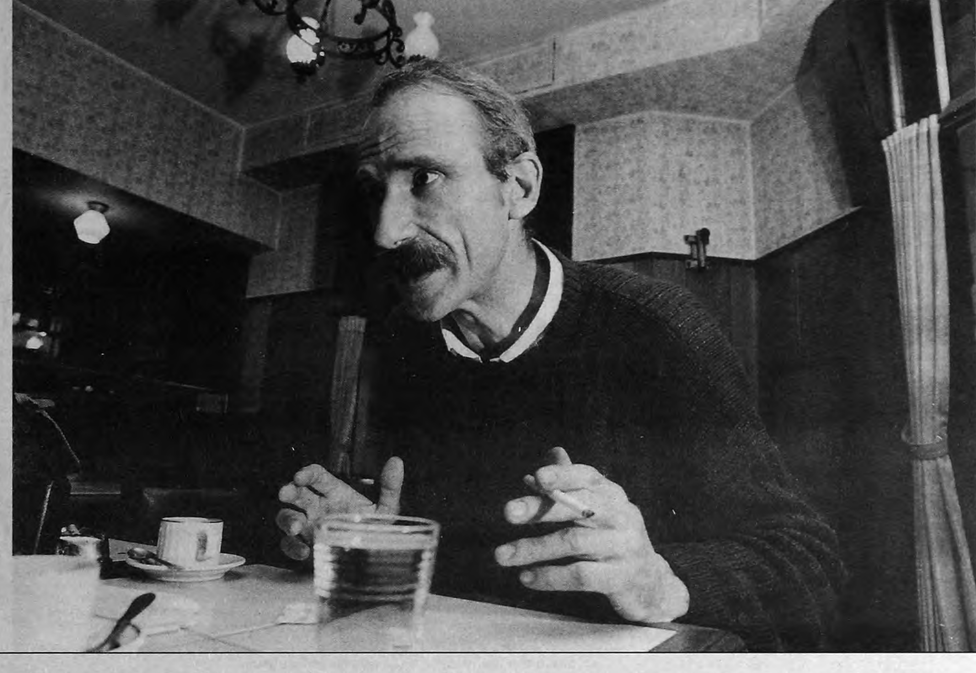
Había una sola rata en el barco. Lo supimos porque un marinero le tiró un tarro con pintura roja y desde entonces quedó manchada. Cada tanto se la veía devorar alguna cosa. Estaba particularmente encariñada con la biblioteca del capitán. Entraba, la muy vándala y furtiva, y mordisqueaba algún libro de –me avergüenza decirlo– poemas. ¿Dónde se vio a un marino leer poesía? Fuera de lugar, en eso, Mr. Wagner Bligh.

El capitán, periódicamente, organizaba cacerías de Gutenberg. Gutenberg: así se llamaba la rata. "Ella es mi Moby Dick. No descansaré hasta atraparla. Aunque hay que reconocer que tiene buen gusto... La semana pasada se comió los poemas de Tennyson, Mr. Tennyson". "Sí señor" –respondió Mr. Tennyson, el contramaestre, imperturbable.

Hizo construir una guillotina de un metro de alto y la instaló en el puente de mando. "Para cuando atrape a Gutenberg" –dijo el capitán restregándose las manos. Pensaba guillotinarla con acompañamiento de tambor. Una ejecución inglesa clásica. Otro absurdo pues él era escocés, le repito. Cuando por fin la atrapó, se vio en problemas. No quería matarla: estaba encariñado con Gutenberg. Charlaba con ella durante horas. Si no la ejecutaba, perdería prestigio frente a la tripulación. Por fin declaró: "La guilloti-

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

La leyenda del errante



Por Alberto Laiseca

Nuestro capitán no era mala persona. Algo excéntrico tal vez. Eso sí. Como la ocasión en la cual le hizo a su perro un funeral de mariscal de campo mientras doblábamos el Cabo de Hornos. Si al menos le hubiese hecho un funeral de almirante. Además le hizo cantar un réquiem, en *domingo*, frente a toda la tripulación reunida. Réquiem en *domingo*, como al presidente Kennedy. Ya sabe usted que se precisa una dispensa especial. Pero un buen hombre, no obstante. Wagner Bligh siempre nos condujo a buen puerto. Sí señor.

Tenía un japonés que le cebaba mate. En una especie de terracita extendía las yerbas de anteayer para secarlas al sol. Había un miserable que a veces, no siempre, se las orinaba por las noches. Durante años no pudo atrapar al culpable. Hasta que el capitán hizo cuentas. Los días de vaciamiento de vejiga eran los del ataque a Pearl Harbour, el de la gran victoria de los japoneses contra los rusos en Port Arthur en 1905, etcétera. Todas fechas patrias. Ahí fue donde se dio cuenta de que quien le orinaba la yerba era el mismo japonés. Tuvo lugar un gran combate de karate frente a toda la tripulación. Okimura tuvo el tino de perder. Luego Wagner Bligh lo perdonó. Dijo que el japonés había hecho eso de puro melancólico. "Como es un reaccionario imperialista ha decidido darle una segunda oportunidad. Siempre puede esperarse algo bueno de alguien que ataca por sorpresa". Con ese gesto conquistó a Okimura para siempre.

> **"Había un miserable que a veces, no siempre, se las orinaba por las noches. Durante años no pudo atrapar al culpable. Hasta que el capitán hizo cuentas. Los días de vaciamiento de vejiga eran los del ataque a Pearl Harbour, el de la gran victoria de los japoneses contra los rusos en Port Arthur en 1905, etcétera. Todas fechas patrias."**

Un marinero borracho se le insubordinó. Wagner Bligh lo hizo ahorcar de inmediato, pero, con un hilo de coser. "Yo cumplo la inexorable ley del mar. Después, si la soga se corta, estoy autorizado a indultarlo". Luego de la ejecución le dijo al marinero: "Pórtate bien de ahora en adelante. La próxima vez te ahorcaré con una soga más gruesa, Toby". Puedo asegurarle que Toby tuvo un comportamiento ejemplar de ahí en adelante.

Cuando estaba enojado, insultaba en pirata antiguo: "Voto al chápiro verde. Cuerpo de mil galeones y walkirias con espadas". O si no: "Rantifusas coronadas. Voto a corcheas, semifusas y demontres". Una vez encontró una ballena atascada en una bahía. Mandó cavar un canal y echar cables y aparejos para sacarla. Conseguimos nuestro objetivo luego de trabajar horas. "Ruego que no sea tomado como un antecedente. Podrían confundirme con un ecologista. Nos servirá de mascota, ahora que se murió mi perro". Pero, por más que hizo y le arrojó sardinas, no pudo convencer a la ballena de que siguiese el barco.

Un día se levantó raro y ordenó cambiar el rumbo: "Sesenta y seis grados de latitud norte. Longitud: veinte grados oeste." Parecía el almirante Nelson. "¿Está totalmente seguro, capitán? –preguntó extrañado el contramaestre–. Mire que eso es Groenlandia, si no me equivocó". "No se equivoca, Mr. Tennyson. Vamos en busca de los restos de la vieja Thule. Dé orden de poner los escudos fuera de borda, como hacían los vikingos. Doble ración de ron para los tripulantes. Hay que festejar el día de San Patricio. Ponga en el fonógrafo *La Mañana* del mismo nombre". No me hubiera extrañado si él fuera irlandés. Pero Wagner Bligh era escocés. Un excéntrico, sí.

Había una sola rata en el barco. Lo supimos porque un marinero le tiró un tarro con pintura roja y desde entonces quedó manchada. Cada tanto se la veía devorar alguna cosa. Estaba particularmente encariñada con la biblioteca del capitán. Entraba, la muy vándala y furtiva, y mordisqueaba algún libro de –me avergüenza decirlo– poemas. ¿Dónde se vio a un marino leer poesía? Fuera de lugar, en eso, Mr. Wagner Bligh.

El capitán, periódicamente, organizaba cacerías de Gutenberg. Gutenberg: así se llamaba la rata. "Ella es mi Moby Dick. No descansaré hasta atraparla. Aunque hay que reconocer que tiene buen gusto... La semana pasada se comió los poemas de Tennyson, Mr. Tennyson". "Sí señor" –respondió Mr. Tennyson, el contramaestre, imperturbable.

Hizo construir una guillotina de un metro de alto y la instaló en el puente de mando. "Para cuando atrape a Gutenberg" –dijo el capitán restregándose las manos. Pensaba guillotinarla con acompañamiento de tambor. Una ejecución inglesa clásica. Otro absurdo pues él era escocés, le repito. Cuando por fin la atrapó, se vio en problemas. No quería matarla: estaba encariñado con Gutenberg. Charlaba con ella durante horas. Si no la ejecutaba, perdería prestigio frente a la tripulación. Por fin declaró: "La guillotinaremos en la semana que tenga *cuatro* domingos". Seguramente había leído a Mr. Poe y estaba fuertemente influido.

Como era muy aprensivo e hipocondríaco, hizo despulgar a Gutenberg "para evitar contaminaciones bubónicas", según dijo. "¿Cómo está hoy nuestro amigo?" "Bien. Se lo ve algo desprovisto y macilento sin sus pulgas, señor, pero bien", contestó el contramaestre.

Había un gran cañón de bronce en el puente. Lo robó de un museo. Con él largaba salvas en los días patrios. Fue muy criticado pues no era un cañón naval. Esa maldita manía suya de mezclar cosas. La gente lo quería y por eso aguantaban sus rarezas. A otro no se lo hubieran soportado, puedo asegurárselo.

Decía: "Algún día encontraré una ola gigante, la más grande que se haya visto. Pasará al lado nuestro sin hacernos nada, la viajera. Y será en un día de calma. Mientras pasa calcularé su volumen y peso. Será la culminación de mi carrera. Mandaré el relato de este hecho insólito a la Enciclopedia Guinness y figuraré en lista. Usted ya ve: tengo mi propia cuadratura del círculo, contramaestre". "Sí señor".

Un día encontró un grupo de témpanos. "Es la maldita marina soviética. Fuego a discreción". "Señor –dijo el contramaestre, Mr. Tennyson– que no son gigantes, que son molinos de viento". "Tú cállate, Sancho, que nada entiendes de estas cosas de hechicería. Es la maldita marina soviética". "Aunque así fuera. No estamos en guerra, por ahora, señor". Fue inútil razonar con él. Tiroteó los icebergs hasta que su cañón de bronce ardió en las manos de los marineros. "No huyáis, cobardes y menguados follones, que es un solo marino el que os acomete", les gritó cuando ya estaban fuera de su alcance. Vuelvo a decírselo: esa mezcla insensata de asuntos y temas era su peor defecto.

> **"Había una sola rata en el barco. Lo supimos porque un marinero le tiró un tarro con pintura roja y desde entonces quedó manchada. Cada tanto se la veía devorar alguna cosa. Estaba particularmente encariñada con la biblioteca del capitán. Entraba, la muy vándala y furtiva, y mordisqueaba algún libro."**

Había un sacerdote, a bordo, llamado Warren. Amiguísimo de Wagner Bligh. Aquél, pese a ser anglicano, distribuía indulgencias. Otra maldita mezcla. Esto sea dicho con el mayor de los respetos. Por algo era tan amigo del capitán. Esto sí: ninguna remisión de pena superaba el minuto. Nada de plenarias. Como el reverendo Warren solía decir: "Con perdones homeopáticos la gente se cura mejor. Les hace bien sentirse a rienda corta. No tengo paciencia con ciertos manolarga que conozco. De ser por ellos inundarían el mundo con indulgencias de veinticinco años o más. Les falta celo y ortodoxia; es lo que pasa". Miren quién habla.

Me entristezco, de puro encariñado. Sí. Como es natural y usted ya se lo estará imaginando, una noche de niebla apareció un buque viejísimo, con velas rojas que lanzaban llamaradas. Una fosforescencia sobre cubierta y en los palos, como la del Mar de los Sargazos. Yo nunca la vi en ese lugar, pero Salgari dice que existe. "*Der Fliegende Hollander* –susurró Wagner Bligh, el capitán, contentísimo–, El Buque Fantasma del Holandés. Rantifusa coronada. Ahora por fin podré conocer la verdadera leyenda del errante. Bajen un bote".

No hubo manera de convencerlo de lo contrario. Traté de parar al japonés, el cual quería unírsele. "¿Quién, si no, le orinará la yerba?", me dijo Okimura antes de deshacerse de mí. Pero faltaba a la verdad. Hacía años que no atentaba contra la *ilex paraguarensis*. Raza mentirosa, la japonesa. Buena gente. Inescrutable desde el punto de vista urinario, pero buena gente.

Así que Okimura bajó al bote. Alcancé a oír que el capitán le preguntaba: "¿Y usted? ¿Por qué salta?" "Le debía un *hara kiri*". Esto el japonés lo contestó con el tono de "le debía quince pesos". Y se largó a lo más oscuro del misterio, como si aquello fuera Guadalcanal.

Gutenberg, la rata, que a todo esto había sido indultada y se paseaba otra vez por el barco, saltó al bote. De modo que se fueron los tres. Desde el otro buque, alguien, a quien no pudimos ver, les tiró una cuerda y por ella subieron.

Yo vigilaba al reverendo Warren por si se quería ir también. Estaba dispuesto, a él sí, a pegarle un garrotazo. Sabía que, aunque se enojara conmigo, después me iba a dar las gracias. No fue necesario, por suerte. Estaba demasiado desconcertado y todo fue muy rápido.

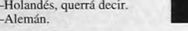
Las velas rojas se hincharon impulsando el navío, el cual desapareció sin hacer el menor ruido. No volvimos a saber de ellos.

La vieja orca –y horca– de mar terminó de zamparse su quinto galón de cerveza (las bebía de a pintas), se limpió su enmarañada barba castaña e hizo este comentario final:

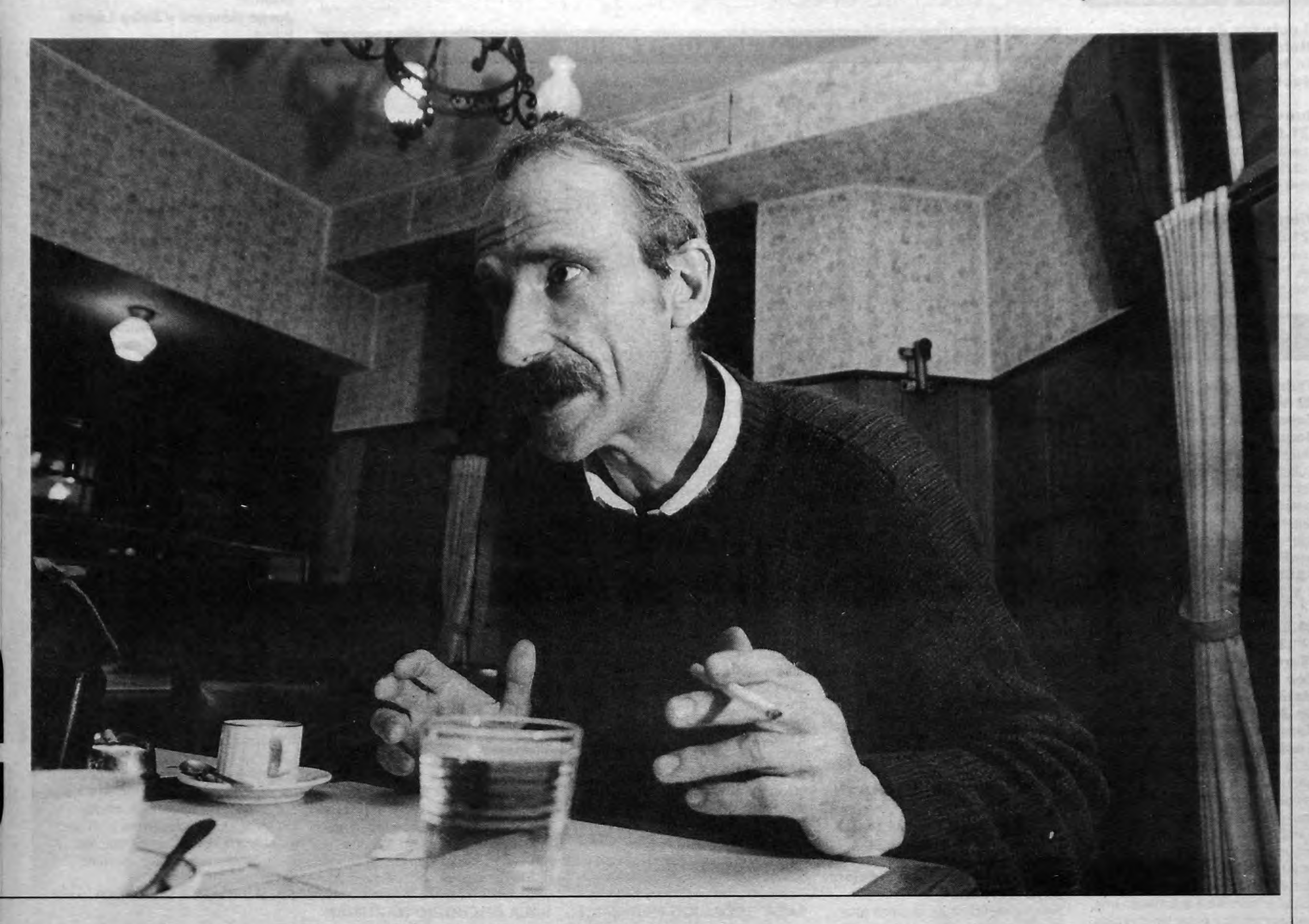
–Un escocés nunca debió subir a un buque alemán.

–Holandés, querrá decir.

–Alemán.



Se reproduce aquí por gentileza del autor.



naremos en la semana que tenga *cuatro* domingos". Seguramente había leído a Mr. Poe y estaba fuertemente influido.

Como era muy aprensivo e hipocondríaco, hizo despulgar a Gutenberg "para evitar contaminaciones bubónicas", según dijo. "¿Cómo está hoy nuestro amigo?" "Bien. Se lo ve algo desprovisto y macilento sin sus pulgas, señor, pero bien", contestó el contramaestre.

Había un gran cañón de bronce en el puente. Lo robó de un museo. Con él largaba salvas en los días patrios. Fue muy criticado pues no era un cañón naval. Esa maldita manía suya de mezclar cosas. La gente lo quería y por eso aguantaban sus rarezas. A otro no se lo hubieran soportado, puedo asegurárselo.

Decía: "Algún día encontraré una ola gigante, la más grande que se haya visto. Pasará al lado nuestro sin hacernos nada, la viajera. Y será en un día de calma. Mientras pasa calcularé su volumen y peso. Será la culminación de mi carrera. Mandaré el relato de este hecho insólito a la Enciclopedia Guinness y figuraré en lista. Usted ya ve: tengo mi propia cuadratura del círculo, contramaestre". "Sí señor".

Un día encontró un grupo de témpanos. "Es la maldita marina soviética. Fuego a discreción". "Señor –dijo el contramaestre, Mr. Tennyson– que no son gigantes, que son molinos de viento". "Tú cállate, Sancho, que nada entiendes de estas cosas de hechicería. Es la maldita marina soviética". "Aunque así fuera. No estamos en guerra, por ahora, señor". Fue inútil razonar con él. Tiroteó los icebergs hasta que su cañón de bronce ardió

"Había una sola rata en el barco. Lo supimos porque un marinero le tiró un tarro con pintura roja y desde entonces quedó manchada. Cada tanto se la veía devorar alguna cosa. Estaba particularmente encariñada con la biblioteca del capitán. Entraba, la muy vándala y furtiva, y mordisqueaba algún libro."

en las manos de los marineros. "No huyáis, cobardes y menguados follones, que es un solo marino el que os acomete", les gritó cuando ya estaban fuera de su alcance. Vuelvo a decírselo: esa mezcla insensata de asuntos y temas era su peor defecto.

Había un sacerdote, a bordo, llamado Warren. Amiguísimo de Wagner Bligh. Aquél, pese a ser anglicano, distribuía indulgencias. Otra maldita mezcla. Esto sea dicho con el mayor de los respetos. Por algo era tan amigo del capitán. Esto sí: ninguna remisión de pena superaba el minuto. Nada de plenarias. Como el reverendo Warren solía decir: "Con perdones homeopáticos la gente se cura mejor. Les hace bien sentirse a rienda corta. No tengo paciencia con ciertos manolarga que conozco. De ser por ellos inundarían el mundo con indulgencias de veinticinco años o más. Les falta celo y ortodoxia; es lo que pasa". Miren quién habla.

Me entristezco, de puro encariñado. Sí. Como es natural y usted ya se lo estará imaginando, una noche de niebla apareció un buque viejísimo, con velas rojas que lanzaban llamaradas. Una fosforescencia sobre cubierta y en los palos, como la del Mar de los Sargazos. Yo nunca la vi en ese lugar, pero Salgari dice que existe. *"Der Fliegende Hollander* –susurró Wagner Bligh, el capitán, contentísimo–, El Buque Fantasma del Holandés. Rantifusa coronada. Ahora por fin podré conocer la verdadera leyenda del errante. Bajen un bote".

No hubo manera de convencerlo de lo contrario. Traté de parar al japonés, el cual quería unírsele. "¿Quién, si no, le orinará la yerba?", me dijo Okimura antes de deshacerse de mí. Pero faltaba a la verdad. Hacía años que no atentaba contra la *ilex paraguarensis*. Raza mentirosa, la japonesa. Buena gente. Inescrutable desde el punto de vista urinario, pero buena gente.

Así que Okimura bajó al bote. Alcancé a oír que el capitán le preguntaba: "¿Y usted? ¿Por qué salta?" "Le debía un *hara kiri*". Esto el japonés lo contestó con el tono de "le debía quince pesos". Y se largó a lo más oscuro del misterio, como si aquello fuera Guadalcanal.

Gutenberg, la rata, que a todo esto había sido indultada y se paseaba otra vez por el barco, saltó al bote. De modo que se fueron los tres. Desde el otro buque, alguien, a quien no pudimos ver, les tiró una cuerda y por ella subieron.

Yo vigilaba al reverendo Warren por si se quería ir también. Estaba dispuesto, a él sí, a pegarle un garrotazo. Sabía que, aunque se enojara conmigo, después me iba a dar las gracias. No fue necesario, por suerte. Estaba demasiado desconcertado y todo fue muy rápido.

Las velas rojas se hincharon impulsando el navío, el cual desapareció sin hacer el menor ruido. No volvimos a saber de ellos.

La vieja orca –y horca– de mar terminó de zamparse su quinto galón de cerveza (las bebía de a pintas), se limpió su enmarañada barba castaña e hizo este comentario final:

–Un escocés nunca debió subir a un buque alemán.

–Holandés, querrá decir.

–Alemán.

CICLO DE POESIA ARGENTINA CONTEMPORANEA

(Lecturas de poemas y diálogo con el público) En la Sala Gregorio Nachman

Jueves 26 de febrero (21.00 hs.)
Leerán sus poemas: Joaquín Giannuzzi, Irene Gruss, Ricardo H. Herrera y Paulina Vinderman.

Viernes 27 de febrero (21.00 hs.)
Leerán sus poemas: Diana Bellessi, Francisco Madariaga, Rafael Felipe Oteriño y Mirta Rosemberg.

PROGRAMACION GENERAL

Todos los días, de 17 a 22 hs. Exposición "Pintores Bonaerenses".
Muestra itinerante organizada por Cultura Bonaerense y el Colegio de Escribanos de la Pcia. de Bs. As. Distintas modalidades plásticas que sintetizan la singularidad de las variadas regiones que configuran la provincia.
PASEOS DE LA IMAGEN 1 Y 2

20, 21, 22, 26 y 27 de febrero (22.30 hs.) "Sardinas Ahumadas" Con Victoria Carreras y María Marchi De Jean-Claude Danaud. Versión y dirección: Kado Kostzer.
Es la caricatura de cierta burguesía, un catálogo de los prejuicios y temores de los recién llegados a la gran ciudad. Dos mujeres se encuentran del otro lado del muro de una mansión. Concepción es una mujer que vive en la calle, Remedios es una sirvienta paraguaya que al encontrarse entablarán una fuerte amistad y entre las dos tratarán de modificar sus situaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

20, 21, 22, 25, 26 y 27 de febrero (20.30 hs.) "Qué difícil es decir adiós" De Jorge Núñez. Elenco: María Concepción César, Alfonso De Grazia, Marcos Zucker. Dir. Alberto Cattan.
El amor, signo o símbolo irreemplazable de cualquier etapa de la vida, es un disparador no sólo de los sentimientos sino también de las conductas; nos hace sentir eufóricos, nos destruye, nos hace traicionar, nos redime, nos induce a hacer tonterías o grandezas.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

23 de febrero (21.30 hs.) "Alegría, duende... y olé". Los Malagueños
Toda la gama de la danza española, desde la escuela bolera hasta el flamenco.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

23 de febrero (23 hs.) "Piazzolla, una pasión".
Grupo Vocal TEV
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

23 y 24 de febrero (19.30 hs.)

VERANO BONAERENSE

TEATRO AUDITORIUM



"Patas Cortas". Grupo Teatrantes Elenco: Mónica Arrech, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leo Rizzi.
Espectáculo infantil donde se destacan los trucos de magia, el humor y una particular historia de humor. Los protagonistas son: el león Patas Cortas, el detective privado Escondetequeteencuentro y la Maga, dueña de un circo vecino.
SALA GREGORIO NACHMAN

23 y 24 de febrero (21 hs.) "Ni alas, ni raíces" Agrupación teatral ¿Qué perdemos? Libro y dirección: Julio Lascano
En tono de comedia, la pieza aborda el tema de la libertad en sus diversas manifestaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

23 y 24 de febrero (23 hs.) "Al sur del canto" Suma Paz, Alfredo "Indio" Urquiza, Jorge Víctor Andrada y la pareja de baile Juan Carlos Luna y Analisa Andreoni.
Espectáculo de canto, danza y poesía que permite disfrutar de las composiciones de Atahualpa Yupanqui, Martínez Paiva, Nusta de Piorno, Alfredo Zitarrosa, José Hernández, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

24 y 25 de febrero (23 hs.) "Artistas de patio" Luisa Calcumil y el Grupo de Teatro La Cuadrilla
Refleja la ternura, el realismo mágico de las zonas del sur, el modo en que distintos personajes venidos de lugares disímiles, cada uno con su historia, va encontrando un lugar para vivir y trabajar, como así también sus amores y sus odios.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

20, 24 y 27 de febrero (22 hs.) "La nave entre-abierta" (Danza itinerante) Grupo DANZARES, con la participación especial del actor Carlos Juárez.
El grupo Danzares se introduce en un canal de búsquedas abiertas, donde fluyen sensaciones cotidianas. La resistencia al tiempo, relaciones atemporales, encuentros y desencuentros mientras se transita por un mundo que se mueve a velocidad vertiginosa.
ESPACIO NAVE

25 de febrero (23 hs.) "Con el alma". Canciones de amor y agua De Néstor Zapata y Osvaldo Buzzo
Música y poesía a cargo de Enrique Llopis, Carlos Schwaderer y elenco.
SALA GREGORIO NACHMAN

25 y 26 de febrero (21 hs.) "Rosas rojas para dos damas tristes" De Susana Hubeid. Con Esther Borda, Marta Rigau y Aníbal Arraez. Dirección: Horacio Montanelli.
La monótona existencia de dos mujeres solteras, Delmira y Agustina, que se sobreponen a una vida gris sin perspectivas, limitadas por la soledad, el desamor, y por ese microcosmos en el que están inmersas..., hasta que aparece Homolka, un mecánico simple, primitivo y oportunista. Las situaciones hacen aflorar la naturaleza de los tres personajes con humor y sutilezas.
SALA GREGORIO NACHMAN

25 y 26 de febrero (24 hs.) Cine Arte Auditorium SALA ASTOR PIAZZOLLA

20 y 27 de febrero (21 hs.) "Desnuda de terciopelo" Unipersonal de Mónica Alfonso. Dirección: Chiqui González
Terciopelo, tul, lycra y seda son las texturas que van tejiendo un mundo propio para representar los sueños, la pubertad y el matrimonio, la seducción y la siempre feroz función de la memoria. Basado en textos de Luis de Góngora, Chico Buarque, Eduardo Galeano, Marguerite Duras, Javier Villafañe, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

23 y 24 de febrero (0.30 hs.) "De los innumerables desencuentros de dos suicidas en una cornisa" Con María Asunción Bellido y Eduardo Alías. Dirección Marcelo Marán
Dos suicidas, o al menos ellos piensan eso, suben a respirar por última vez el aire viciado de un mundo que los ha dejado al margen, sin proyectos. Los personajes, entre humor y tragedia, juegan patéticamente a sostenerse en los márgenes de una cornisa sabiendo que lo de ellos es vocación por el vacío.
SALA GREGORIO NACHMAN

24 de febrero (21.30 y 23.30 hs.) "Esperando a Godot" De Samuel Beckett. Con Patricio Contreras, Perla Santalla, Mario Pasik y elenco. Dirección: Leonor Manso.
Desde su estreno en París en 1953, la obra de Samuel Beckett no ha dejado de representarse en todo el mundo. La incertidumbre, la inquietud, el juego, la religión, la autoridad y las relaciones humanas se ponen de manifiesto en esta genial obra que abre un antes y un después en la historia universal del teatro.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

20, 21, 22, 26 y 27 de febrero (19.30 hs.) "Viento en Popa" Grupo TEATRANTES Mónica Arrech, Alfredo Bruzzone, Víctor Iturralde, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leonardo Rizzi.
Este espectáculo infantil propone una atractiva aventura que puede jugar con la imaginación a través de la acción y el suspenso. En Puerto Nuevo, lugar donde se desarrolla la obra, un grupo de pescadores, entre ellos Papadópulos, debe enfrentarse a la temible Mantaraya.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

27 de febrero (23 hs.) "Nuevas aventuras a dos pianos" Jorge Navarro y Baby López Furst.
Dos eximios pianistas deciden unir sus talentos amalgamando dos estilos y dos sentimientos para hacerlos coincidir en una misma vena creativa, volando al más alto nivel de jazz del mundo a través de Gershwin, Cole Porter, Duke Ellington, Chick Corea, Thelonius Monk, entre otros.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

20, 21 y 22 de febrero (22 hs.) "Vincent y los cuervos". De Pacho O'Donnell Dirección Daniel Lambertini. Elenco: Fredy Virgolini, José Luis Britos, Caco Grassi, Erico Mavers, Carlos Issa, Rosi Alvarez, Marcela Lucero y Mercedes Muñoz.
Basada en la vida de Vincent van Gogh, en la obra *Un suicidado de la sociedad* de Antonio Artaud, nos transporta al mundo de la lucha personal del pintor. Lucha y rebelión contra lo establecido, por expresar su arte en contraposición del mundo del valor del dinero. Drama real, visceral, lleno de pasión, de sentimientos y de reflexión. Juegos de representación que nos devuelve a la esencia del verdadero arte de la expresión teatral.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

27 de febrero (21 hs.) "La Campoy en vivo" Con Ana María Campoy. Dirección: Pepe Cibrián Campoy.
El humor y el sentimiento puesto en escena por una actriz que ha hecho del escenario su casa y recibe a los espectadores como sus invitados. Un recorrido por su carrera y un homenaje a la poesía de los autores clásicos iberoamericanos completan la puesta.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

23 de febrero (21.30 hs.) JOSE LARRALDE
Recital donde aflora el alto contenido poético de su obra, descriptiva como en "Un poco de humo nomás" o romántica como en "Sobran las palabras".
SALA ASTOR PIAZZOLLA

25 y 26 de febrero (21.30 hs.) Ballet del Atlántico Dirección: Beatriz Schraiber
Balletino (ballet en un acto), Etudes (ballet en un acto), Danzas Polovtsianas (de la Opera "El Príncipe Igor").
SALA ASTOR PIAZZOLLA

29º Encuentros Corales de Verano
En el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102 de Villa Gesell
A las 21 hs., con entrada libre y gratuita.
En caso de lluvia, las audiciones se postergan para el día siguiente.

Sábado 21
Coro Municipal Ciudad de Sunchales.
Coro Estable Juvenil de San Nicolás.

Miércoles 25
Coro Polifónico Municipal "Susana Viarengo" de Córdoba
Coro Estable Municipal "Voces Argentinas" de Santa Fe.



